

con que se coronaron ambas, fuese después de muerta un retrato mucho más exacto de la misma; siendo una misma la guirnalda que ciñera las sienes de ambas. Aprobaron el suceso cuantos habían conocido el misterio; estando muy ciertos de que este singular testimonio de virtud había sido dado á la virgen, no por industria humana, sino por consejo divino.

Como remate de este capítulo se debe hacer constar que mientras en el aparato funeral coronaba de este modo la tierra á nuestra virgen, la corte de los bienaventurados la coronó en la gloria con muy parecidas demostraciones. Con esto se puso de relieve que en ambos estados fué nuestra santa sucesora de Santa Catalina en la dicha de la corona. El caso, que se hizo notorio, luego que felizmente falleció la virgen, sucedió de este modo. Cierta persona de gran santidad y fama, en visión imaginaria descubrió entre millares de espíritus celestiales gran multitud de vírgenes que caminaban en fila hacia el trono de la Trinidad Beatísima. En medio del escuadrón glorioso resplandecía Rosa, llevando en la mano palma refulgente; el rozagante vestido era blanco como la nieve; sólo se echaba de menos el no ir coronada como las otras vírgenes que la asistían y acompañaban. Se hallaba al pie del trono de la Santísima Trinidad la Virgen Madre del Verbo, la que tenía en la mano derecha una vistosa y luciente guirnalda, esperando llegase la procesión para coronar á Rosa. Con las mismas ceremonias coronaron á Santa Catalina en el cielo cuando partió de la tierra; con lo que quiso descubrir el Señor que no había habido diferencia entre maestra y discípula en la corona de espinas ni en la de oro. Felices espinas, que merecieron la corona de la gloria, puesta por mano de la misma Madre de Dios.



CAPÍTULO X

Lecho estrecho, cabecera dura y vigiliias nocturnas de Rosa.

FUÉ tanto el cuidado y empeño que puso Rosa en mortificar su cuerpo, que aún no permitió que las pocas horas que de noche reservaba para el sueño, estuviesen libres y exentas de particular tormento. A este fin dispuso que fuese tal la dureza de la cama donde había de tomar reposo, que más sirviese para espantar el sueño que para llamarle y conciliarle. Pasó tan adelante su industria y empleó de tal modo en esto su ingenio, que pudo trocar el lugar de descanso en potro penoso. De suerte, que no se regalaba el cuerpo trabajado y molido, sino que quitaba el tiempo al sueño para darle á la oración. Muy de antemano rastreó su madre, cuidadosa en extremo de fiscalizar las acciones de Rosa el fin á que tendía la conducta de su hija. Había advertido en efecto que desde los primeros años de su vida nada procuraba ella con tanto afán como atormentar el cuerpo con

penitencias y mortificaciones, especialmente en lo que se refería á la austeridad y dureza con que dormía, y al estudio que ponía en disimularlo. En consecuencia, sin darse por entendida, la mandó por algún tiempo que durmiese con ella en su misma cama, para frustrar con esta diligencia las muchas industrias y trazas que inventaba su hija para mortificarse. Obedeció puntual la virgen; pero con ardid tan ingenioso, que pudiesen juntarse en un mismo lecho los méritos de la obediencia y de la penitencia. Apenas sentía que el primer sueño había embargado los sentidos de su madre, cuando por no ser sentida, con mucho tiento, se tiraba de la cama, y se echaba inmediatamente sobre las tablas, recostando la cabeza sobre un leño ó algún ladrillo que allí tenía escondido, en vez de la blanda almohada. La misma lucha hubo entre Santa Catalina de Sena y Lapá su madre, y de la misma estratagemá se valió aquella para que triunfase la penitencia. Viendo Rosa cuán felizmente le salían sus artes y el buen logro de su ardid, procedía alegremente en la obediencia, y asegurada con la experiencia, pasaba más adelante, no contenta ya con dormir en las desnudas tablas; y así andaba buscando y pensando como hallaría una piedra tosca que la sirviese de cabecera. No duró mucho tiempo esta seguridad, porque despertando una vez la madre, interrumpió la solicitud de la hija. Vió que estaba sobre las tablas; y como si la hubiera cogido en alguna acción criminal, la reprendió y rió con aspereza, dándole en rostro con la obstinación astuta de que usaba; diciendo que si todo su deseo era engañar y burlar á su madre, que fuese, y de allí adelante buscase donde dormir, y que armase una cama hecha de tablas, á medida de su gusto y de su antojo, con tal que no usase cabecera tan dura, y que pusiese sobre las tablas un cobertor ó una manta.

A los ecos de estas últimas voces saltaba de placer el espíritu de Rosa. Valióse del permiso concedido. Y aunque le había costado el oír desaires y sufrir correc-

ciones, le parecía que eran amorosas caricias. Aceptó á dos manos, como dicen, la condición. Dió gracias con ternura á su madre por haber andado tan generosa con ella; y poniendo luego en ejecución la licencia, buscó dos tablas, y acomodándolas como pudo en un rincón de su aposento, compuso la cama blanda y mullida, echando un cobertor con dos almohadas, haciendo una cama al parecer de regalo para el cuerpo. Cuando iba á acostarse arribaba las almohadas á un lado y ocupaba su lugar un duro tronco por desbistar. Puso también piedras esquinadas debajo del cobertor, ocultas por el día; para que con la desigualdad se lastimase el cuerpo, al que fuera demasiado regalo descansar sobre las tablas, que aunque duras estaban lisas y llanas. Cuánta fatiga y pena causasen las piedrecitas sembradas por el lecho en el cuerpo de Rosa, fácil es de conjeturarlo por la mella y los hoyos que hicieron en los maderos de la camilla. Las mismas tablas que quedaron marcadas con las piedras eran protesta viva y eficaz de la mortificación que se impuso á sí misma por la noche esta santa virgen.

Mas como las piedrecillas esparcidas por la cama eran fáciles de moverse y apartarse unas de otras al volverse del otro lado la que dormía, parecía conveniente buscar modo, con que fuese el tormento más estable y más duro, puesto que la cama no había de servir de regalo, sino de tormento. Para esto escogió tres leños torcidos por labrar y llenos de nudos; los colocó sobre las tablas y ajustólos con cuñas, que por un lado y por otro se encajaban en las juntas de las tablas para mayor firmeza. De día escondía los troncos movedizos debajo de la cama, porque no lo conociese su madre viendo la desigualdad del cobertor de la cama; ó si estuvieran en otra parte más pública, cayesen en sospecha de lo que era. Solo Mariana, á quien siempre fiaba sus secretos Rosa, era sabedora del caso, á quien encargó con grandes súplicas no lo descubriese. La dijo que si acaso era necesario revolver el aposento, ó

dejase en su lugar los leños, ó volviere luego á esconderlos si les sacaba del sitio en que estaban. Por largo tiempo gozó la fervorosa virgen del deseado cepo; y le agradara mucho más si fuera más penoso, si por todas partes más agudamente la maltrataran las puntas y esquinas de los maderos. Era su mayor fatiga el que entre los vacíos de los mismos no hubiera cosa que le atormentase á medida de su deseo.

Pronto se la ofreció ocasión de hacer de todo punto áspera y casi intolerable la cama. Ajustando, pues, lo más que pudo las tablas de la tarima, colocó siete cuartones á debidas distancias, y porque no se moviesen, los afianzó atándolos con fuertes ligaduras. Llenó los huecos con broza de fragmentos de tejas y platos quebrados y cascós puntiagudos de cántaros, para que como puntas de acero hiriesen el cuerpo. Estaban dispuestos con tal arte, que ni pudiesen desviarse á un lado como las piedrecillas, ni dejasen de punzarla por todas partes. Por debajo no podían irse ni caerse, por haber apretado con tanta diligencia las tablas; por los lados no podían apartarse, por estar los maderos bien atados, para que hiciesen costado; con que no pudiese desunirse aquel escuadrón de puntas, armado contra el sueño y contra el descanso. ¿Quién creyera que sólo una cama tan incómoda pudo agradar á Rosa para descansar en ella? Para cama tan molesta, necesario era buscar cabecera correspondiente á tanta incomodidad, y la buscó, como diremos después. Cubrió los mullidos colchones con cobertores, muy á propósito de sus deseos, porque eran de duras cerdas, como un cilicio, tejidos los hilos en forma de crivo, para que por una parte affigiesen las cerdas el cuerpo desnudo, y por otra diesen entrada libre á las tejas quebradas por las carnes de la virgen y juntamente cubriesen y ocultasen á la vista todos estos rigores. Tenía también á la cabecera ocultamente colgada una redoma de hiel, y no se avenía á coger el sueño antes de regalar la boca con este delicado sorbete, en memoria de su dulce Es-

posó, á quien en el lecho de la cruz refrescaron con hiel y mirra. Alguna vez confesó Rosa que esta bebida no le era tan molesta cuando la tomaba, como después cuando despertaba. Porque entonces sentía que se le había secado totalmente el paladar hasta las entrañas, y que tenía la lengua casi inmóvil por faltarla saliva; y la garganta y las fauces encendidas; siéndola muy molesto aun el respirar. No es de maravillar, en vista de esto, que Rosa intrépida siempre en acometer mortificaciones, sólo en imaginar que se había de llegar el tiempo de entrar en la cama temblara, se congojara y sudara; estremeciéndose muchas veces llena de horror y temores. Sólo con llegar á tocar las orillas de la cama viendo las almohadas que la esperaban, el potro de las puntas que la amenazaban y los dolores que estaban conjurados para recibir el cansado cuerpo, había más que suficiente para atemorizar al más esforzado. Sabía que no había de levantarse sin sacar todos los miembros casi pasmados, quebrantados los huesos, desconcertadas las caderas, los hombros, los pies y brazos. Preguntándole amigablemente cierta señora después de muchos años cómo había podido pasar sólo una noche en una cama tan horrible y tan intolerable, respondió con gracia como solía: «Que allí recogía penas y dolores cuantos eran bastantes para ofrecer á Dios en satisfacción de las culpas de la persona que más quisiese.»

Como prueba de esto citaremos lo que aconteció en una ocasión á Rosa. Antes de acostarse considerando que el lecho era campo fertilísimo de penas, en vez de ser reposo con que aliviarse y repararse de las fatigas del día, estuvo suspensa por mucho tiempo, ponderando que sus fuerzas eran menores y desiguales al temor que le causaba el tormento que esperaba. No acababa de determinarse á subir á la cama. En este conflicto y dudas la socorrió luego Cristo, apareciéndose á la virgen que estaba casi desmayada, con rostro apacible y blando, diciendo estas cariñosas palabras: «Acuérda-

te, hija, que fué más dura, más angosta y más horrible la camilla del Calvario, en que tomé por tí el sueño de la muerte. Bien sabes la hiel que allí me dieron á beber y yo gusté por amor de ti. No ignoras que las puntas que me atravesaron los pies y manos hasta obligarme á dar el alma, no eran de teja, sino de hierro. Repasa esto en tu memoria y pesa en tu consideración mis penas con las que padeces en esa cama: si te riges por el dictamen de la caridad, te persuadirás que nuestro lecho, aunque pequeño es florido.» Maravilla es cuán hondamente penetraron estas palabras el ánimo de la virgen; cuánta constancia y fortaleza le comunicaron para que no temiese, ni rehusase de allí adelante aquel horrendo ejercicio de la paciencia. Es cierto que perseveró invicta por espacio de dieciseis años en el tormento acerbísimo, acostándose cada noche en aquel lecho; más dispuesto para hacerla agonizar que para dormir; y es más de admirar que lo sabía su madre, que lo llevaba muy á mal y que con todo esto lo consentía, sin atreverse á contradecirlo. Muchas veces había intentado disuadir á su hija de tanta austeridad, y hacer pedazos el lecho cruel; pero hallábase embarazada luego con el remordimiento de la conciencia. Y así ni se atrevía á extender las manos para desbaratarle ni á mover la lengua para mandar á Rosa que no lo usase.

Parecióle más acertado ponerlo en conocimiento de los confesores; pero veíalos temerosos, como si los introdujera en un negocio de gran perplejidad y dificultades, sin acabar de resolverse en nada. Y era esto, indicio bastantemente claro, ser voluntad de Dios que la virgen estuviese crucificada con su querido Esposo por medio de los sufrimientos de un lecho tan duro.

Digamos ya algo de las almohadas. Era el intento de Rosa ir dejando poco á poco la cabecera blanda y llegar á dormir sobre una piedra grande, á ejemplo de su maestra Santa Catalina de Sena; y que esto fuese de suerte que no pudiese llegarlo á entender su madre. Al principio reclinaba la cabeza sobre un lío de paño gro-

sero; después sobre unos ladrillos por cocer y finalmente llegó á hacer cabecera de una piedra esquinada; mas luego que lo alcanzó su madre, quitó la piedra, dióle una funda de almohada, mandándola expresamente que la llenase. Calló Rosa, recibióla, obedeció puntualísima, llenóla, mas no de lana, como creyó su madre. Juntó muchas astillas de las que caen al suelo del cepillo y de la azuela del carpintero; y de esta suerte usaba de la almohada. No se pasó mucho tiempo sin que lo conociese su madre, la que como andaba recelosa de las penitencias de su hija en todo se fijaba. Cogió la almohada, arrojó las astillas y con grandes voces y gran imperio mandó á la virgen que sustituyese lana en lugar de las astillas. Obedeció Rosa muy á la letra, llenó con lana la funda, mas no con lana sola; porque entre la lana y el lienzo sobre que había de asentar el rostro para dormirse, escondió varas torcidas de juncos que para este fin había sacado de una cesta vieja. Los juncos hacían su oficio y como si fueran rallos punzaban el rostro á Rosa; tanto que su misma madre advirtió muchas veces las menudas heridas de las mejillas y frente de Rosa. No podía adivinar la causa. Vivía segura dando por cierto que la almohada estaba llena de lana; hasta que por casualidad, poniendo sobre ella la mano, descubrió el enemigo, que estaba como en celada. Tocó los juncos y los sacó. Vierais aquí otra vez representada á Lapa, madre de Santa Catalina, amontonando oprobios, injurias y quejas contra su hija; no faltó más que descargar duros golpes sobre ella. Así á Rosa, ya que se había determinado á buscar dureza en la cabecera, fuéle forzoso sufrir durísimas palabras. Su madre, burlada tantas veces y recelando para adelante, la mandó que en virtud de santa obediencia desocupase la almohada y que la volviese á llenar con lana sola. Otra vez obedeció Rosa. Pasando, sin embargo, más allá de la letra, duplicó la lana, y valiéndose de un palo, de tal suerte la apretó, que pudiera igualar la dureza de un madero. Le parecía que había vuel-

to á cobrar otra vez el tronco que antes su madre le había quitado, y era de un árbol que los naturales llaman *pacay*, hendido en medio en forma de canal y dispuesto para recibir la cabeza y el cuello de la virgen. Conoció la madre la última estratagema de Rosa, y dirigiéndose á ella con marcado descontento la habló de esta manera: «Es verdad que has obebecido Rosa mía; has obedecido, pues no hallo aquí sino solo lana. Basta y aun es más de lo que basta, pues has sabido convertir la lana en tormento. No sé ya qué mandarte ni cómo; por no salir un punto de lo que te mandó tu madre has hecho que la lana se endurezca como una piedra. De aquí adelante haz lo que quisieres. Aunque te mates, aunque te vea tomar la muerte por tus mismas manos no hayas miedo que yo te hable palabra ni te vaya á la mano en nada.»

Al fin se llegó el tiempo tan deseado de su madre, en que pudo sin embarazo y con permiso de los confesores, deshacer con gran satisfacción suya y con sus propias manos el penoso lecho de Rosa. Los que cuidaban de la conciencia de la virgen, considerando, casi tres años antes de su muerte dichosa, que se le iban atenuando las fuerzas, que consumido el cuerpo con tantas disciplinas, ayunos y enfermedades, no podía ya pasar adelante sin riesgo conocido de la vida, el suplicio difícil de cama tan áspera, juzgaron que ya que no podía tratarse de persuadirla, que admitiese regalos con que repararse, por lo menos era necesario poner tasa y moderación en las penitencias con que se iba acabando. Por lo cual dieron á su madre, que lo deseaba mucho, por despojo y presa, la camilla, que fué teatro de tanto quebranto por espacio de quince años. Con qué ánimo recibió esta orden la hija, más deseosa de hacer penitencia, que de vivir, no es fácil de explicar con palabras. Lo cierto es que su madre, como si la hubieran dado licencia para acometer y dar asalto á una mazmorra donde estuviese presa su hija, se puso en armas para destruir aquella máquina enemiga.

Arrojó por una y otra parte los troncos, leños y tablas; sacó las cuñas, no sin ofenderse las manos con la precipitación; recogió las tejas y cascotes, y finalmente las arrojó en el río vecino de la ciudad, porque no volvieran á ser verdugos de Rosa. Quiso contarlos primero, y halló que faltaba poco para llegar al número de trescientos.

Hecho el destrozo, se vió precisada Rosa á dormir en otra cama, que procuró no fuera mucho más blanda que la deshecha. La hizo de las tablas que había usado en otro tiempo, sin colchón, sin admitir siquiera unas pajas; contentándose con extender sólo un cobertor. De este modo se tendía sobre ella, la que casi estaba extenuada por la fuerza de las penitencias antiguas. Le parecía, sin embargo que era demasiado regalo, aun siendo tan pobre el tálamo. Por lo cual los tres últimos años de su vida, que vivió en casa del contador D. Gonzalo, pasaba las noches recogiendo el cuerpo y acomodándole en una silla y reclinando un poco la cabeza sobre la columna de la camilla en que dormían las hijas menores de D. Gonzalo. Principalmente en tiempo de invierno, en que por ser grandes los fríos temblaba el cuerpo, se pasmaba de modo que puesta en pie no podía tenerse. Alguna vez despertando traspasada con el demasiado rigor del hielo, encendiendo al candil algunas ramas de romero, procuraba con el humo recibir brevemente algo de aquel calor fugitivo. Con el aborrecimiento que tenía de su cuerpo, nunca quiso despierta admitir almohada en que sentarse; de pie hacía su labor. Y cuando era forzoso el haber de sentarse, un madero duro le servía de silla.

En el interin, acordándose con ansias de su primer lecho, fatigaba continuamente los oídos de los confesores, quejándose amargamente de que perdía ociosamente lo mejor de su vida. Cuando la obligaban contra su voluntad á que hiciese pausa en los antiguos ejercicios de penitencia, decía que con tan demasiada lástima como la tenían sus padres espirituales, se hallaba

totalmente vacía de paciencia; y que llamando todos los días á su gran Patriarca Santo Domingo con el glorioso título de *Rosa de la paciencia*; ella sin esta virtud ni era ya Rosa, ni hija de tan gran Padre. Finalmente suplicaba que ya que no hacía obra que fuese buena, la permitiesen siquiera padecer males. Tanto insistió en esto la virgen que uno de los confesores, como por indulgencia, le dió licencia para que toda la cuaresma de aquel año y del siguiente, que fué el último de su vida, volviese á preparar de nuevo la cama con leños, cascos y tejas conforme al rigor antiguo. Puso Rosa al punto por obra el nuevo permiso, juntando sumo secreto con la suma diligencia que puso en la fábrica. Tanto que ni después de su muerte pudo hallarse el potro de sus penas. Creible es que en acabándose la cuaresma; porque entonces cesaba la licencia, deshacía también el penoso lecho, arrojaba las quebradas tejas, escondía los leños y tablas para que no hubiese noticia; aunque sobraba la diligencia en averiguar sus mortificaciones así en casa de su madre como en la del contador D. Gonzalo.

Este ansioso deseo de que fuese dura la cama, que casi había nacido con Rosa, no se ausentó de su pecho ni cuando estaba muy vecina á la muerte. Se hallaba casi en la agonía y no cesaba de quejarse de que no la dejaban morir en su cama antigua. Pero ¿quién había de ser tan cruel que tuviese corazón para darla ese gusto, viendo la inocencia de su vida y el tormento que buscaba cuando estaba moribunda? Mas ella instaba y pedía que á lo menos la bajasen de aquella cama, que era más blanda y la dejasen morir en el desnudo suelo. Llegando á entender que ni aun esto le habían de conceder los que la asistían, viendo que estaba allí su hermano, le rogó que le apartase las almohadas, y fueron estas las últimas palabras que le dijo en esta vida. Apartólas un poco y mostraba alegría la moribunda, sintiendo que la cabeza y hombros estaban reclinados en las tablas que hacían respaldo á la cama; contenta

de que así moriría reclinada en un duro leño, conformándose de algún modo con el Esposo crucificado. Poco después exhaló con envidiable quietud y sosiego el feliz espíritu en manos del Criador. No faltó quien mirando con atención el aspecto pálido de Rosa cuando espiraba, le pareció una viva efigie de Cristo espirando en la cruz; maravilla que también se observó en Santa Catalina de Sena, estando mala en la cama; aunque fué en otro lugar y tiempo.

Fácilmente colegirá cualquiera, de la dureza que usaba Rosa en la cama, lo mucho que se daba á las sagradas vigiliás, cuando el mismo lecho la quitaba el sueño. Alguna vez la seráfica Maestra Santa Catalina de Sena dijo familiarmente á su confesor el B. Fr. Raimundo de Capua, que ningún enemigo le hacía más guerra, ni más costosa y difícil que el sueño; al que redujo á tal sujeción, y á tales términos, que con sólo dos horas le contentaba. Esto mismo ejecutó Rosa, como discípula de Santa Catalina; el mismo triunfo la coronó victoriosa. También redujo el sueño al estrecho término de dos horas, y tal vez á menos, aunque tan importunamente la molestaba. Por lo cual pudo distribuir el tiempo de la noche y del día, de modo que la quedasen reservadas doce horas para la oración; las otras diez daba á la labor y trabajo de manos, con que sustentaba á sus padres; las dos que quedaban estaban dispuestas para acudir á las necesidades del cuerpo y para el sueño. A esta facilidad en tantas vigiliás, ayudaban mucho los ayunos largos; el estar como metida entre puntas de cardos con el cilicio que usaba y la cama que tenía; la abstinencia dilatada del agua fría y de todo género de bebida, la meditación profunda y estar tenazmente clavada en la consideración de los misterios más elevados. Con todo esto no se olvidaba el astuto enemigo de emplear contra ella todas sus artes y esfuerzo, antes en levantándose á orar en lo más profundo de la noche, la molestaba más tenazmente, para reducirla al sueño. Costáronle muy caro á Rosa estas

batallas; porque si hincando en el suelo las rodillas, comenzaba la oración, parece sentía sobre los párpados una pesa de ploma. Si se ponía en pie daba cabezadas, y si se postraba en tierra, extendidos en cruz los brazos, blanda y halagüeña la suavidad del sueño, entorpeciendo los sentidos, iba creciendo hasta hacerse dueño de Rosa. Le parecía á la virgen cosa vergonzosa rendir la cerviz á contrario tan perezoso y á competidor tan cobarde; peleaba sin perder el ánimo, aunque diese caídas. Golpeaba contra la pared las cervices, hería los costados con sus mismos puños; no había ardiz de que no usase para ahuyentar el letargo, que dulce y y disimuladamente se le introducía; vencía, en fin, pero no sin sudor y sin agonía. Triunfaba; pero en la cruz; y es que en el aposento de la virgen había una cruz de madera de la altura de un hombre, en cuyos brazos había también dos clavos fuertes, suficientes para sostener todo el cuerpo. De estos se asía con ambas manos, para pelear valerosa, cuando el tardo sueño la presentaba batalla. Colgada estaba de ellos con apretado abrazo, pendiente todo el cuerpo, mientras rezaba todo el oficio de Nuestra Señora. De esto se valía para ahuyentar al enemigo del sueño. Así crucificaba el mortal enemigo, y no apartaba los brazos de los instrumentos de la victoria hasta verse triunfante de su adversario. Así alcanzaba la palma; pero no sin adquirir muy duros callos en las palmas de sus delicadas manos.

Inventó también otro modo de pelear no menos costoso. En la pared de la celda que habitaba Rosa, había fijado un clavo, casi un palmo más alto que su estatura. En este enredaba aquella mata de cabello que había reservado sobre la frente para cubrir la corona, invención nueva contra las asechanzas del sueño. Así con este martirio hacía huir al sueño y en este lugar de suplicio rezaba sus devociones y ahogaba como á ladrón el molesto apetito de dormir. Y viendo que tan pocos cabellos no eran bastante para sustentar en el aire to-

do el peso de su cuerpo se apoyaba, como podía sobre la tierra con la extremidad de los dedos de los pies, aunque le costaba grandes dificultades; porque flaqueaba el apoyo débil y era necesario estar tal vez sobre un pie, y después tenerse en el otro. De aquí se deduce cuán importuna era la fuerza del sueño en una doncella tierna como era Rosa; pues para pelear contra él la fué necesario valerse en la cama de abrojos y picos de quebradas tejas y fuera de ella de medios tan extraños como los apuntados. Así que durmiese ó velase la virgen, siempre había de estar padeciendo dolores insufribles.

